

Daniel Santoro

TÉCNICAS DE INVESTIGACIÓN MÉTODOS DESARROLLADOS EN DIARIOS Y REVISTAS DE AMÉRICA LATINA

Prólogo

La investigación periodística tiene las mismas exigencias que la resolución de un enigma policial. Comienza con un delito -un acto de corrupción, que puede derivar hacia el robo de los caudales públicos o el crimen-, cuya solución encaran seres sin otras armas que la tenacidad y la inteligencia. Y continúa con la compulsión de legajos y archivos -a veces miles y miles de páginas-, el cotejo de datos inusuales, la búsqueda de testimonios personales que a veces llevan a vías muertas.

En las novelas policíacas inglesas los delitos se esclarecían a través de laboriosas deducciones. En la realidad de la indagación periodística es imprescindible el trabajo de campo, el golpe de suerte, la confidencia, la superación de los infinitos obstáculos que suele poner el poder, ya que, por lo general, el poder está encubriendo al culpable. Como el detective de las novelas policíacas más rigurosas -pienso en Raymond Chandler, en Georges Simenon, y también en el abecedario de Sue Grafton-, el investigador periodístico vive en estado de alerta y puede tardar meses o años en completar una nota que se lee en un día. Hay pocos trabajos más aventureros y también más desventurados. Porque en las novelas policíacas los crímenes que se esclarecen encuentran siempre alguna forma de sanción, mientras que la mayoría de los delitos revelados por el periodismo se mantiene impune largo tiempo, a menudo para siempre.

En las últimas dos décadas, al amparo de la corrupción enloquecida que consintieron algunos gobiernos de América Latina, los grandes diarios del continente crearon equipos de investigación a los que se debe, en buena medida, los aires más limpios que se respiran a comienzos del siglo XXI. Daniel Santoro, que encabezó uno de esos equipos en Buenos Aires, revela en este libro, con incesante generosidad, los laberínticos secretos de su trabajo.

Quienes se acercan por primera vez al periodismo encontrarán aquí una pasión que puede retenerlos en el oficio para siempre. Quienes

creen que ya lo conocen todo, descubrirán un camino con tantas vueltas, que no alcanza una sola vida para terminar de aprenderlas.

Tomás Eloy Martínez



Introducción

Este libro comenzó a germinar en 1990 cuando me nombraron titular del taller de periodismo escrito de la carrera de periodismo de la Universidad de Buenos Aires. En ese momento confirmé que existían pocos libros de texto escritos por periodistas argentinos y comencé a redactar un apunte de cátedra. El apunte creció en 1997 cuando Poder Ciudadano de la Argentina y la fundación alemana Konrad Adenauer me invitaron a dar un seminario sobre periodismo de investigación en la lucha contra la corrupción, en Montevideo. Me convocaron para que explicara cómo había investigado mi libro *Los intocables, los verdaderos*, sobre los grandes casos de evasión impositiva de mi país. Una de las condiciones de ese seminario fue que previamente entregara mis reflexiones por escrito.

El apunte tuvo su gran salto cuando en 1998 la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) me invitó a dar talleres con otros periodistas de América Latina con el método del maestro Gabriel García Márquez: trabajo intensivo durante una semana, tertulias profundas como las que se acostumbraban en las redacciones latinoamericanas en los años sesenta, intercambio de experiencias, mucha documentación y agilidad intelectual para no estancarse en debates sobre definiciones academicistas. De estos talleres brindados en varios países latinoamericanos he aprendido mucho, lo cual intento reflejar en estas páginas.

En uno de esos encuentros Gabo nos dio instrucciones acerca de cómo ejercer el periodismo de investigación, que trato que constituya el eje de este libro escrito desde la práctica, la sangre, el stress y el sudor. Fue en el taller posterior a la entrega de los premios Nuevo Periodismo Cemex-FNPI, realizada en Monterrey, México, en 2002, cuando el maestro nos dijo: "Salgan de las redacciones y vayan a las calles de América Latina a atrapar las historias de los Fujimori, los Menem, los Collor de Mello". En otras palabras, la investigación no es una especialidad de escritorio.

En este manual se explican técnicas como el cruzamiento de datos, la búsqueda de documentos públicos, el uso de internet y estrategias como el seguimiento de la ruta del dinero, entre otros métodos que se emplean actualmente. La mayoría se ofrece junto con el relato de

experiencias concretas que dieron resultados positivos. Dado que los casos provienen sobre todo de mi propia práctica, los ejemplos son predominantemente argentinos; para registrar también la práctica en el resto de América Latina se incluyen entrevistas a colegas de otros países.

Si bien se ajustan a las características de la prensa gráfica, muchas de estas técnicas de trabajo se pueden hacer extensivas a la investigación periodística en radio y televisión, adaptándolas a las respectivas necesidades de audio e imagen.

)))

Capítulo I

Antecedentes y definiciones

De los "rastrilladores de estiércol" a la generación de internet

La investigación es la esencia de nuestro oficio, porque el periodismo es siempre indagación y búsqueda. Pero también constituye una especialidad: ciertamente la más costosa, en términos de esfuerzo y de presupuesto, y la más riesgosa. Ya lo sabían los periodistas norteamericanos que, a principios del siglo XX, comenzaron a examinar las profundidades de la política, y el gobierno los llamó "rastrilladores de estiércol"; también lo saben, a principios del XXI, sus colegas investigadores, aunque cuenten con ventajas con esa herramienta clave para complementar sus trabajos llamada internet.

Sin embargo, cualquier periodista -tanto si trabaja en un medio de comunicación grande o chico, como si se desempeña en forma *free lance*- puede practicar la investigación periodística si está dispuesto a dedicarse a ella casi obsesivamente, a mediano o largo plazo, en jornadas más intensas que las de la tensa rutina diaria de la noticia.

Por tratarse de la especialidad que más tensión produce entre la prensa y el poder, el investigador tiene que estar preparado para enfrentar riesgos profesionales, judiciales y hasta físicos. Además de esta disposición, debe tener alma de detective, para sospechar de las versiones oficiales, y una curiosidad permanente. También necesita una enorme capacidad glúteo-cerebral para sentarse en una silla y leer enormes expedientes de los cuales sacar tal vez un solo dato, y luego analizar cómo se lo ubica en el rompecabezas a armar. La discreción es otro recurso valioso: el periodista de investigación escucha más de

lo que dice y no juega de correveidile entre una fuente y otra. Es un profesional muy reservado y honesto.

¿Cómo desarrollar estas características? Aunque sea una verdad de Perogrullo: se aprende periodismo de investigación estudiando sus técnicas, practicándolo y leyendo buenos textos de aquellos precursores que, desde el siglo pasado, abrieron la huella en Estados Unidos, Europa y América Latina. En estos trabajos -publicados en diarios, revistas y libros, y también en otros difundidos en radio, televisión o internet- podemos desentrañar de qué modo consiguieron la información, a qué fuentes acudieron o cómo presentan los hechos.

Conviene comenzar por las raíces históricas. La investigación periodística, que hoy consideramos un nivel más profundo de las ramas informativa, interpretativa y narrativa del periodismo, nació en los Estados Unidos a principios del siglo XX. Fue durante la gestión del presidente Theodore Roosevelt que algunos cronistas comenzaron a denunciar la corrupción en el gobierno, los monopolios y las duras condiciones de vida de los trabajadores norteamericanos, entre otros temas. En un vano intento por desprestigiar a estos periodistas investigadores, en un discurso de 1906 Roosevelt los calificó de *muckrakers* ("rastrilladores de estiércol") que se dedicaban a buscar basura política en lugar de informar sobre los logros de su gobierno.

Como representantes de esta corriente, por entonces novedosa, el diario *The New York Times* tuvo a Boss Tweed y *The New York World* a Joseph Pulitzer, cuyo nombre recuerda el premio más importante de la prensa norteamericana. Ida Tarbell denunció las manipulaciones de John D. Rockefeller en la creación del imperio de la petrolera Standard Oil, y Upton Sinclair hizo públicas las malas condiciones de higiene en que trabajaban los obreros de los frigoríficos de Chicago en *The jungle*. Sus leyendas crecieron con el tiempo porque en aquella época muchas de sus investigaciones aparecían sólo en medios de poca circulación.

La aparición del macartismo -la caza de brujas desatada en los Estados Unidos tras la segunda Guerra Mundial y la constitución del bloque comunista-, sumada a cierta pérdida de credibilidad, hizo retroceder a aquella primera corriente de investigación periodística. Hasta que durante la guerra de Vietnam un sector de la prensa norteamericana retomó la tradición de los muckrakers, pero con nuevas técnicas y desde un punto de vista más profesional. Así Nicholas Cage, de *The New York Times*, denunció la matanza de civiles en la aldea sudvietnamita de Mylai, y distintos medios descubrieron que el gobierno de los Estados Unidos almacenaba armas químicas dentro de su territorio nacional, entre muchos ejemplos.

Y entonces estalló el escándalo emblemático de esa época: el caso Watergate. Todo comenzó por casualidad, cuando Bob Woodward -un periodista novato de *The Washington Post*, que desconocía las

alfombras rojas por las que circulaban los acreditados en la Casa Blanca- recibió la orden de cubrir un juicio por intento de robo en el edificio Watergate. Aparentemente la sede del comando de la campaña del Partido Demócrata había sido blanco de delincuentes comunes. Apenas iniciado el juicio, a uno de los detenidos se le preguntó su profesión. "Anticomunista", contestó, lo que despertó la inquietud del joven redactor. Sorprendido porque los presuntos delincuentes eran ex agentes de la CIA, Woodward volvió al diario dudando de la versión oficial. Llamó a todos los vecinos, porteros y camareras vinculados a los detenidos y habló con ellos antes que la policía. Mientras tanto, Carl Bernstein, especialista en investigar cuestiones políticas, se alió con Woodward y aportó su experiencia.

Después de meses de trabajo, ambos demostraron que, en realidad, el robo había sido una operación de espionaje ilegal ordenada por el gobierno republicano de Richard Nixon para conocer la estrategia electoral de los demócratas. Nixon volvió a ser elegido en 1972, pero terminó renunciando a la presidencia dos años después, luego de que Bernstein y Woodward descubrieron que un cheque de sus fondos de campaña había ido a parar a la cuenta de uno de los detenidos por el robo al Watergate.

En Argentina, Rodolfo Walsh inauguró esta corriente con su libro *Operación Masacre*, donde denunció los fusilamientos ilegales de peronistas que ordenó en 1956 la dictadura militar llamada Revolución Libertadora. A pesar de la versión oficial de la causa judicial que se había abierto para tapar el caso, Walsh encontró "un fusilado que vive", como escribió en el prólogo de su trabajo, y reconstruyó los acontecimientos. Después siguió con otras investigaciones sobre asesinatos en el sindicalismo (*¿Quién mató a Rosendo?*), que publicó a medida que avanzaba en el semanario de la rebelde central obrera CGT de los argentinos, donde también reveló la violencia policial (en la serie de notas "La secta de la picana"). Tras fundar la Agencia de Noticias Clandestina (ANCLA), en 1977 denunció los crímenes de la dictadura del Proceso de Reorganización Nacional y terminó asesinado por un comando de la armada, engrosando la lista de casi cien periodistas desaparecidos durante ese nefasto periodo de la historia argentina.

El veterano periodista Rogelio García Lupo, otro de los referentes argentinos de este tipo de periodismo, precisa que antes que Walsh, el periodista y ensayista Raúl Scalabrini Ortiz había comenzado a investigar con su *Historia de los ferrocarriles argentinos* (1940). Allí denunció que el capital británico había tendido las redes ferroviarias argentinas según sus propios intereses económicos, uniendo las provincias con la capital federal para trasladar sus exportaciones hacia el puerto, pero no a las provincias entre sí. Contemporáneo de García Lupo fue Gregorio Selser con sus investigaciones sobre el general

Sandino de Nicaragua: *Sandino, general de hombres libres y Pequeño ejército loco*, entre otros.

Sin embargo, Argentina aún no tiene una fuerte corriente de investigación periodística. Los grandes medios se resisten a tener equipos permanentes por falta de profesionales entrenados, para evitar costos mayores o por temor a provocar conflictos con sus anunciantes del sector estatal o privado. Un puñado de medios gráficos intentó crear estos equipos, pero en la mayoría de los casos - por la demanda de la actualidad o por la reducción del personal en las redacciones, producto de la crisis económica- sus periodistas fueron reabsorbidos por la cobertura del día a día. Los diarios *La Nación* y *Clarín* pusieron en marcha equipos de investigación en 1998 y 2000, respectivamente, pero el primero fue desactivado en 2002 de la mano de la crisis económica argentina.

Paralelamente, los periodistas colombianos Daniel Samper, Gerardo Reyes y Alberto Donadio abrían la huella en Colombia, desde el diario *El Tiempo* de Bogotá. Más tarde, y en forma alternada, Gustavo Gorriti, Ricardo Uceda, Ángel Páez y Julia María Urrunaga, en *El Comercio* y *La República* de Lima, entre otros, hicieron lo mismo en Perú. Así el periodismo de investigación comenzó a ganar terreno en América Latina, pero hasta ahora no ha logrado constituir una tradición permanente que se transmita de generación en generación.

En cambio, en los Estados Unidos la investigación periodística constituye un género instalado. Inclusive medios regionales como el diario *The Pioneer Press*, de Saint Paul, Minnesota (cuya circulación diaria, 200.000 ejemplares, es pequeña frente a la de los grandes periódicos de Nueva York, Washington o Los Ángeles), poseen equipos que trabajan al margen de la rutina diaria de la redacción. El de *The Pioneer Press* reúne a dos periodistas y un especialista en el manejo de documentos y en la creación de archivos, quienes disponen de cuatro computadoras con programas para cruzar datos y emplean, en promedio, entre seis meses y un año para producir un tema, con un costo de unos 200.000 dólares.

En 1989, este diario de Minnesota ganó el Premio Pulitzer por la nota *Una cultura de incendios dolosos*, del periodista Lou Kilzer. *The Pioneer Press* descubrió que los bomberos, encargados de calcular el daño provocado por el fuego para que lo pagasen las aseguradoras, tenían relaciones incompatibles con las constructoras. Sobornos mediante, aumentaban falsamente los daños para que las aseguradoras pagaran de más a esas empresas. El equipo periodístico lo probó cruzando los nombres de los bomberos que hicieron los peritajes con los de los miembros de las compañías de construcción, en busca de relaciones; encontraron incluso vínculos familiares. También entrevistaron a las víctimas de los incendios de los diez años inmediatamente anteriores, para confirmar si la dimensión de los daños había sido la informada. Además de ganar el Pulitzer, la

nota tuvo otras consecuencias: se cambió al jefe de los bomberos y se prohibieron por ley las relaciones comerciales entre peritos y empresas constructoras. En un país donde buena parte de las casas son de madera, los incendios constituyen un problema social: el diario lo percibió y logró que el tema permaneciera en la agenda del debate público durante seis meses.



Cómo distinguir las investigaciones periodísticas de las primicias

La ausencia de una tradición de este género en América Latina crea confusiones entre los contenidos de una investigación periodística seria y profunda y las meras primicias. Un primer indicio para establecer si se está frente a un ejemplo del primer caso consiste en observar si el autor fundamenta lo que sostiene en entrevistas, documentos, fuentes o citas bibliográficas. Por ejemplo, los libros *Malvinas, la trama secreta*, de Oscar Raúl Cardoso, Ricardo Kirschbaum y Eduardo van der Kooy, y *La hora final de Castro*, de Andrés Oppenheimer, ofrecen todas esas referencias y hacen citas correctas, de modo tal que cualquier lector pueda eventualmente comprobar lo que se afirma.

A finales de 2000 el equipo de investigación de *Clarín* debatió si se debía o no citar las fuentes. Los periodistas más jóvenes sostenían que al hacerlo se perdía espacio, se sumaba ruido al relato y se volvía aburrido el texto. Los más veteranos -entre los que me incluyo- defendimos la necesidad de hacerlo para darle al lector indicios sobre el origen de la información, sin romper los pactos de anonimato cuando existieran, aunque ello conspirase contra el ritmo del relato. La atribución de fuentes permite que el lector conozca de dónde proviene la información y no deba creer en algo sólo porque lo dice un periodista, por más prestigioso que sea. En todo caso, si la tensión dramática del relato lo exige, es posible citar las fuentes en un recuadro que acompañe al texto.

Otro indicio para reconocer una investigación periodística se encuentra en que nunca sigue los parámetros de lo que con ironía se denomina la teoría conspirativa de la historia. A los periodistas que ven tramas de corrupción donde no las hay o sacan conclusiones sin fundamentos, en Argentina los bautizamos "cazadores de platos voladores". Ni ellos ni los que llamamos denunciólogos producen trabajos serios y profundos como los del género del que trata este libro. Quienes todos los días tienen una historia negra para contar, en realidad ofrecen conjeturas sobre los sospechosos de siempre sin datos verificables. Su táctica de marketing se reduce a dar golpes de efecto sobre un tema a partir de sospechas pero sin pruebas. Una

semana después lo sepultan y buscan otro asunto sensacional, y de nuevo generan mucho ruido sin descubrir resultados concretos. Tampoco realizan investigación periodística aquellos periodistas serios pero impacientes que sólo cazan los rumores o las versiones de pasillo de un caso de corrupción y lo publican inmediatamente, sin intentar conseguir el más mínimo indicio o prueba documental de lo que sostienen.

En *Defensa de la utopía*, Tomás Eloy Martínez explica: "El lector no se sacia con el escándalo sino con la investigación honesta, no se aplaca con golpes de efecto sino con la narración de cada hecho dentro de su contexto y de sus antecedentes. Al lector no se lo distrae con fuegos de artificio o con denuncias estrepitosas que se desvanecen al día siguiente, sino que se lo respeta con la información precisa. Cada vez que un periodista arroja leña en el fuego fatuo del escándalo está apagando con cenizas el fuego genuino de la información. El periodismo no es un circo para exhibirse, sino un instrumento para pensar, para crear, para ayudar al hombre en su eterno combate por una vida más digna y menos injusta".¹

Otra clave valiosa para detectar buenas investigaciones periodísticas radica en observar si dan crédito a los colegas, a la justicia o a quien corresponda otorgarlo, y no se apropian de aquello que sus autores no descubrieron. Algunos periodistas, con más ego que capacidad de trabajo, no reconocen el esfuerzo de otros, olvidando que la cita de fuentes no sólo es un problema de credibilidad sino también de honestidad intelectual. En un libro argentino sobre Monser Al Kassar se cuenta que este traficante de armas sirio usó para sus negocios muchas empresas fantasma. Por ejemplo, en el escándalo conocido como Irán-Contras la maniobra de los Estados Unidos para armar a los contrarrevolucionarios nicaragüenses- Al Kassar usó la compañía Lake Resources, de Panamá, en sociedad con la empresa británica Hall and Watts Defensa Sales. Pero estos y otros datos mencionados por el periodista argentino están evidentemente extraídos del libro *Al Kassar, el padrino del terror*, del ex policía alemán Manfred Morstein,² aunque no se reconoce el crédito correspondiente.



¹ Tomás Eloy Martínez, *Defensa de la utopía*, discurso ofrecido en el taller-seminario *Situaciones de crisis en medios impresos*, dictado en Santa Fe de Bogotá del 11 al 15 de marzo de 1996. En la web de la FNPI, www.fnpi.org.

² Manfred Morstein, *Al Kassar, el padrino del terror*, Ediciones Temas de Hoy, Planeta, Barcelona, 1989.

De qué hablamos cuando hablamos de investigación

Antes de explicar las técnicas, conviene establecer una definición básica sobre el género del cual se ocupa este manual. La investigación periodística sistemática o profunda tiene tres características:

- 1) La realiza el periodista, y no la justicia, la policía o particulares interesados.

Si durante la búsqueda se obtiene una investigación judicial, por ejemplo, es razonable publicarla inmediatamente, pero como una primicia a la que se le debe agregar algún valor periodístico como antecedentes, nuevos datos o la versión de los acusados. Las primicias son también nuestro negocio, pero no entran en el rubro de la investigación.

- 2) Se realiza superando los obstáculos que presente algún poder interesado en mantener oculta la información.

Supongamos que averiguamos que en una ciudad aumentó el número de pacientes con sida. A menos que el Ministerio de Salud quiera ocultar el tema, la información nos será brindada y hasta facilitada por las autoridades competentes. En ese caso podremos hacer un excelente informe poniendo al día el tema, pero tampoco se tratará de una investigación periodística.

- 3) Sus temas interesan a la opinión pública y dejan de lado la vida privada de las personas (salvo situaciones límite).

Todo sospechoso con una dimensión pública puede ser investigado por sus acciones, pero su vida privada está amparada por el derecho a la intimidad. La excepción son los casos extremos en los cuales esa persona exhibe su vida privada por propia iniciativa o la mezcla con la vida pública. En 1988 un escándalo centrado en el juez Norberto Oyarbide sacudió a Argentina: algunos medios difundieron cintas de video grabadas por un extorsionador en las que se veía al magistrado manteniendo relaciones sexuales en un prostíbulo de varones. Esos medios ganaron audiencia pero violaron el derecho a la intimidad. En el *Clarín*, en cambio, investigamos al juez Oyarbide porque ayudó al menemismo en el poder o a la policía federal en causas judiciales y porque violó el reglamento judicial al convalidar un prostíbulo con su presencia, pero no difundimos sus preferencias sexuales.

Estos mismos criterios son los que consideran los Reporteros y Editores de Investigación de los Estados Unidos (IRE, por sus siglas en inglés) para definir esta especialidad periodística: "Es un reportaje hecho por trabajo e iniciativa del reportero sobre asuntos de interés

público que alguna persona o algún grupo quiere mantener oculto". También la profesora española Petra Secanella enumera requisitos similares para delimitar el género: "Que la investigación sea el resultado del trabajo del periodista, no la información elaborada por otros profesionales; que el objeto de investigación sea razonablemente importante para un gran sector de la población; que los investigados intenten esconder estos datos al público".³

Por último, quisiera cerrar este capítulo retomando lo que señalé al comenzar, pero con palabras del maestro Gabriel García Márquez: "La investigación no es una especialidad del oficio, sino que todo periodismo tiene que ser investigativo por definición".

³ Petra Secanella, *Periodismo de investigación*, Editorial Tecnos, Madrid, 1996.